[Publicado previamente en: P. Sáez – S. Ordóñez (eds.), *Homenaje al Profesor Presedo*, Sevilla 1994, 305-318. Versión digital del manuscrito, editada aquí por cortesía del autor, con la paginación de la versión impresa].

Aspectos de la sociedad romana del Bajo Imperio en las cartas de San Jerónimo (II) [1]

José María Blázquez Martínez
Universidad Complutense de Madrid

Resumen

En este segundo trabajo se abordan algunos aspectos importantes de la sociedad romana en la correspondencia de Jerónimo no tratados en nuestro primer estudio [1]. Estos puntos iluminan, a su vez, diferentes características de la sociedad romana de finales de la Antigüedad.

Abstract

In this second paper some important aspects of Roman society are dealt with in the correspondence of Hyeronimus which were not covered in my first article. These points illustrate different characteristics of Roman society at the close of Antiquity.

Con este trabajo queremos tributar justo homenaje al Prof. Dr. D. Francisco Presedo, Catedrático de Historia de la Universidad de Sevilla, con motivo de su jubilación académica, al que me ha unido una entrañable amistad durante muchos años.

La tortura

La tortura fue muy practicada en el mundo antiguo y también durante el Imperio Romano [2]. Jerónimo alude a ella en la primera carta de la colección, fechada en el año 374 y dirigida al presbítero Inocencio; en ella describe las torturas de una mujer acusada de adulterio y de su supuesto cómplice en presencia del consular, que visitaba en aquel año la ciudad de Vercellis: «la uña ensangrentada abría las lívidas carnes y por entre los surcos de los costados escudriñaba al dolor la verdad. El desdichado mozo, queriendo cortar por el atajo de la muerte los largos suplicios mintió contra su propia sangre y acusó a la ajena. Tanto la mujer casada, acusada de adulterio por su esposo, como su cómplice, que para verse libre de tormentos, como sucedía con frecuencia, testimonió en falso, fueron, pues, torturados».

---

[1] *Gerión* 9 (1991) 263-288.

[2] J.A. Crook, *Law and life of Rome* (London 1967); *Du châtiment dans la cité. Supplices corporels et peine de mort dans le monde antique* (Paris 1984).

La mujer, «mientras el potro distendía su cuerpo y las cuerdas sujetaban detrás de la espalda las manos sucias por las inmundicias de la cárcel... El consular, harto sus ojos de sangre, como fiera que, una vez gustada está siempre sedienta de ella, manda que se doblen los tormentos, rechina ferozmente los dientes y amenaza al verdugo con el mismo castigo si no logra que el sexo débil confiese lo que no pudo callar el fuerte... Se le atan los cabellos al poste, le sujetan más fuertemente todo el cuerpo al potro y se le aplica fuego a los pies. El verdugo cava ambos costados y no tiene consideración ni con los pechos... Ya no quedaba lugar para nueva herida».

La sentencia de muerte se cumplió en público para escarmiento general: «Todo el pueblo afluye al espectáculo y como si de todos los sitios emigrase la ciudad, la muchedumbre se estruja ante las obstruidas puertas. Al infortunado mozo le rueda al primer golpe la cabeza por el suelo y el tronco exánime se revuelca en la propia sangre. Llegó el verdugo a la mujer, que estaba doblada en tierra, de rodillas...».

Los monjes se opusieron precisamente a la pena de muerte [3], tan frecuentemente aplicada –incluso por nimiedades– en el Bajo Imperio. Cuando aquellos se enteraban de que iba a producirse alguna sentencia de muerte, se presentaban en la plaza pública y trataban de impedir su aplicación. En el caso narrado por Jerónimo fue necesario llamar a un segundo verdugo que finalmente decapitó a la víctima. Los clérigos eran encargados de dar cristiana sepultura: «Los clérigos a quienes incumbía, envuelven el sangriento cadáver en un lienzo, cavan la fosa, amontonan las piedras y preparan según uso y costumbre la sepultura».

Invasiones bárbaras

Jerónimo alude en sus cartas varias veces a algunas invasiones bárbaras de su tiempo. Algunas de ellas debieron de ser de poca importancia y se trataba probablemente de simples saqueos. Sin embargo, en su carta LX, redactada a finales del siglo IV en Belem y dirigida al monje obispo Heliodoro para consolarle por la muerte de su sobrino, el presbiterio Nepociano, traza un cuadro sombrío de la situación del Imperio; alude en ella tanto a las malas condiciones internas (LX, 15) como a la presión bárbara sobre las fronteras de Europa y del Oriente (LX, 16) y sus funestas consecuencias.

Jerónimo describe (*Ep.* LX, 15) la catastrófica situación del momento en los siguientes términos: «Pero ¿qué hago tratando de curar un dolor que pienso han calmado ya el tiempo y la razón? Más bien quiero repetirte las miserias de emperadores cercanos a nosotros y las calamidades de nuestro tiempo, tales y tantas que no tanto es de llorar el que no ve esa luz que nos alumbra, cuanto de felicitar el que ha escapado a tanto desastre. Constancio, fautor de la herejía arriana, cuando se aprestaba contra su rival y a toda marcha avanzaba para venir con él a las manos, muere en un pueblecillo de Mopso y dejó con gran pena el imperio a su enemigo. Juliano, destructor de su propia alma y verdugo del ejercito cristiano, hubo de sentir en la Media al Cristo, de quien había renegado en las

[3] M. Sordi, «Pena di morte e braccio secolare», en *Metodología della ricerca nella tarda antichità*, (Napoli 1989) 179 ss.

Galias, y, al querer dilatar las fronteras romanas, perdió las antes dilatadas. Joviniano, gustado apenas a qué sabía el mando del imperio, pereció asfixiado por las exhalaciones fétidas de unas brasas poniendo a todos bien de manifiesto lo que es el poder humano. Valentiniano hubo de ver devastado el suelo natal y, sin poder vengar a su patria, se extinguió por un vómito de sangre. El hermano de éste, Valente, vencido en Tracia en la guerra con los godos, halló en el mismo lugar la muerte y la sepultura. Graciano, traicionado por su ejército y rechazado por las ciudades de paso, fue ludribio del enemigo, y tus paredes, Lyon, guardan las huellas de una mano ensangrentada. Valentiniano, adolescente y casi niño, después de la fuga, después del destierro, después de recuperar a costa de mucha sangre el imperio, es asesinado no lejos de la ciudad que fue testigo de la muerte de su hermano, y su cadáver fue infamado con la horca. ¿A qué hablar de Procopio [4], Máximo [5] y Eugenio [6] que, mientras eran dueños del poder infundían terror a las gentes? Todos, hechos prisioneros, hubieron de comparecer ante la cara de los vencedores y fueron antes traspasados por la ignominia de la servidumbre que por la espada enemiga, género de suplicio misérrimo para los que un día fueron poderosísimos».

Jerónimo confirma (*Ep.* LX, 16) estas calamidades internas [7] con tres ejemplos altamente significativos de notables dignatarios imperiales que solo llevaban menos de dos años en el gobierno. Dichos personajes son: Abundancio [8], Rufino [9] y Timasio [10]: «Pero dirá alguno: esos son gajes de los reyes 'y a los montes cimerios hiere el rayo'. Pues vengamos a los dignatarios particulares, y solo voy a nombrar a los que no pasan del bienio. Dejando a un lado a los otros, bástenos contar los términos diversos que han tenido poco ha tres consulares. Abundancio, reducido a la miseria, está desterrado en Pitiunte; la cabeza de Rufino fue llevada en una pica a Constantinopla y, cortada la mano derecha, para ignominia de su insaciable avaricia, la llevaron pidiendo limosna de puerta en puerta; Timasio, derribado repentinamente desde altísima dignidad, se cree afortunado viviendo oscuramente en el Oasis».

A continuación pasa el monje de Belem a referirse a la presión bárbara sobre las fronteras y sus desastrosos efectos en los últimos veinte años. Refiriéndose a las de Europa, escribe: «Pero ahora no voy a contar las calamidades de algunos infortunados. Mi alma se

---

[4] A.H.M. Jones – J.R. Martindale – J.Morris, *The Prosopography of the Later Roman Empire* (Cambridge 1971) 742-743; P. Grattarola, «L'usurpazione de Procopio e la fine dei Constantini», *Aevum* 1 (1986) 82-105.

[5] J.R. Palanque, «L'empereur Maximin», *LesEmpereurs romains d'Espagne* (Paris 1965) 255-257. Con anterioridad fue publicado el estudio de C. Torres, «Magno Clemente Máximo», *BUSC* 45 (1945) 7-62.

[6] J. Szidat, «Die Usurpation des Eugenius», *Historia* 28 (1979) 487-509. Cfr. también H. Bloch, «The Pagan Revival in the West at the End of the Fourth Century», *The Conflict between Paganism and Christianity* (Oxford 1963) 193-218.

[7] A.H.M. Jones, *Il tardo Impero Romano* (Milano 1974) *passim*.

[8] A.H.M. Jones – J.R. Martindale – J.Morris, *op.cit*. 4-5.

[9] A.H.M. Jones – J.R. Martindale – J.Morris, *op.cit*. 778-781.

[10] A.H.M. Jones – J.R. Martindale – J.Morris, *op.cit*. 914-915.

horroriza de ver el recuento de los desastres de nuestro tiempo. Hace veinte y más años, que desde Constantinopla a los Alpes Julianos, se derrama diariamente la sangre romana. Escitia, Tracia, Macedonia, Tesalia, Dardania, Dacia, los Epiros, Dalmacia y todas las Panonias están devastadas, despobladas y saqueadas por godos, sármatas, cuados, alanos, hunos, vándalos y marcomanos. ¡Cuántas matronas, cuántas vírgenes de Dios y personas libres y nobles no han sido escarnio de estas fieras! Los obispos han sido hechos cautivos, asesinados los sacerdotes y clérigos de órdenes varias, derruidas las iglesias, Los altares han servido de cuadras a los caballos, las reliquias de los mártires han sido desenterradas... El orbe romano se derrumba, y, sin embargo, nuestra cerviz, muy tiesa no se dobla. ¿Qué ánimos crees tú que tienen ahora los corintios, los atenienses, los lacedemonios, los árcades y la Grecia entera, en que mandan los bárbaros? Y, a la verdad, sólo he nombrado unas pocas ciudades en que florecieron antaño reinos no pequeños».

Respecto a la presión sobre las fronteras orientales, dice: «De estos desastres parecía estar inmune el Oriente, al que sólo las noticias consternaban; pero el pasado año, desde las rocas del Cáucaso, nos han invadido manadas de lobos no de la Arabia, sino del Septentrión, que en tan poco tiempo han atravesado tantas provincias. ¡Qué monasterios saqueados, cuántos ríos han cambiado sus aguas por sangre humana! Ha sido sitiada Antioquía, así como las otras ciudades que bañan a su paso el Halis, Cidno, Orontes y Éufrates. Manadas de prisioneros han sido arrastrados: Arabia, Fenicia, Palestina y Egipto están prisioneras por el terror. No me he propuesto realmente escribir la historia, sino sólo llorar brevemente nuestras miserias. Por lo demás, para explicar todo esto debidamente, Tucídides y Salustio son mudos».

Después de esta relación pasa Jerónimo a hacer filosofía de la Historia desde el punto de vista de un intelectual cristiano. Son los pecados los causantes de la desastrosa situación por la que atraviesa el Imperio. Los cristianos veían, en efecto, en la ruina del Imperio Romano un castigo de Dios, mientras los paganos, como Símmaco con ocasión del asunto del altar de la Victoria, la consideraban un castigo divino por haber abandonado Roma a los dioses que habían hecho su grandeza.

El poeta hispano Prudencio en su *Contra Symmacum* atribuye los triunfos del pueblo romano no a los dioses sino a las armas y a la fuerza. Según el vate hispano es denigrar a las legiones romanas el atribuir las victorias a la intervención de los dioses.

Jerónimo propone una interpretación diferente a la que ofreció Cipriano en su tratado a Demetriano del año 252 respecto a las causas de la general decadencia del Imperio. El obispo de Cartago la atribuía a que el mundo había entrado ya en la senectud, en la última etapa de su existencia. Por su parte Jerónimo (LX, 18), dando una interpretación pesimista sobre el curso de la Historia, consideraba que la destrucción, la ruina y la muerte eran inevitables: «¡Oh si pudiéramos subir a semejante atalaya (la de Abidos en el Helesponto, desde la que Jerjes contempló su ejército y escuchó la amarga reflexión de su consejero Artábano) desde la que contempláramos a nuestros pies la tierra entera. Desde allí te mostraría yo las catástrofes de todo el mundo, naciones que chocan contra naciones y reinos contra reinos; unos que son torturados y otros que son asesinados; aquí bodas, allí entierro; unos que nacen y otros que mueren; unos que nadan

en riqueza, otros que van mendigando; desde allí veríamos no solo el ejército de Jerjes, sino a los hombres de todo el mundo, vivos hoy y que en breve han de desaparecer».

La interpretación ofrecida por Jerónimo de las causas de tantas calamidades es la misma que dio Eusebio en su Historia Eclesiástica para explicar la feroz persecución cristiana de la Tetrarquía: la pérdida general de la moral cristiana de los obispos enzarzados en feroces luchas intestinas unos contra otros. Se trata de una explicación que no puede ser aceptada por un historiador.

Jerónimo, en carta a Océano (LXXVII, 8), escrita hacia el año 400 informa del pavor que sembraron en el Oriente las invasiones hunas. Jerónimo confunde a los hunos [11] con los escitas del sur de Rusia [12], descritos ya por Heródoto (I, 104-108). El monje de Belem describe bien los preparativos defensivos que se realizaron en las ciudades del Oriente y que, sin embargo, no fueron necesarios utilizar porque los bárbaros siguieron otro camino.

En carta a Juliano (*Ep.* CXVIII, 2), fechada en el año 407, describe Jerónimo los efectos de las invasiones bárbaras en Dalmacia, de las que debía estar bien informado por ser ésta su patria: «Siguieron los daños en tu hacienda, la devastación por obra del enemigo bárbaro de toda la provincia y el general asolamiento, la ruina particular de tus posesiones, el saqueo de tus ganados mayores y menores, la cautividad y matanza de esclavos». El monje de Belem señala con trazos realistas y bien concretos los efectos de la invasión sobre los bienes de los particulares.

Sin embargo, la destrucción que más profundamente impresionó a Jerónimo y a todos sus contemporáneos (como Rutilio Namaciano, Agustín, etc.) fue el saco de Roma por Alarico en 410. Un año después de aquel acontecimiento alude Jerónimo a los efectos catastróficos de la invasión: «¡Ay dolor! El orbe de la tierra se está desmoronando... la urbe ínclita y cabeza del Imperio, Roma, no ha sido consumida en un solo incendio. No hay región del mundo que no haya acogido a los desterrados. Las iglesias antes sagradas, han sido reducidas a cenizas...» (CXXVIII, 5). Para un romano culto como Jerónimo, acostumbrado a oir hablar de la eternidad de Roma, cantada por Livio, Virgilio u Horacio, se le derrumbaba el firmamento.

En su carta a la Principia (*Ep.* CXXVII, 12), redactada desde Belem dos años después del saqueo, Jerónimo describe nuevamente la general calamidad del momento: «Mientras estas minucias se agitaban en Jerusalén, llega de Occidente una noticia espantosa: Roma estaba cercada y la vida de los ciudadanos se redimía a peso de oro, si bien, despojados volvían otra vez a ser sitiados, para perder a par hacienda y vida. La voz se me pega al paladar y los sollozos interrumpen las palabras que dicto. Es tomada la urbe que tomara antes al orbe entero, o, por mejor decir, antes perece por hambre que a punta de espada, y apenas si el vencedor pudo hallar unos pocos que hacer prisioneros. El furor de los hambrientos los arrojó a manjares abominables: se despedazaron unos a otros los

[11] E.A. Thompson, *Storia di Attila e degli Unni* (Florencia 1963); F. Altheim, *Geschichte der Hunnen* (Berlin 1959-1962).

[12] G. Charrière, *Die Kunst der Skythen* (Colonia 1971).

miembros, la madre no perdonó al niño de pecho y volvió a recibir en su seno al que poco antes había echado al mundo». Comer carne humana durante los asedios es costumbre atestiguada en otras varias ciudades antiguas; baste recordar, además de Numancia, los cercos de Sagunto, sitiada por Aníbal (Petron. *Sat.* CXLI), Calagurris (Val. Max. 5, 72), fiel a la memoria de Sertorio, o lo sucedido durante las invasiones de suevos, vándalos y alanos del 408-412 (Hyd. 16).

A continuación (CXXVII, 13) recuerda un caso concreto de la general destrucción, lo sucedido a Marcela: «Exigiéronla éstos (los bárbaros) oro, y ella vestida con pobre túnica quiso demostrarles que no tenía riquezas enterradas; pero no logró convencerlos de su pobreza elegida voluntariamente. La apalearon y azotaron pero me informan que ella no hizo caso alguno de los tormentos».

La caída de Roma en manos de Alarico impresionó profundamente, como ya hemos dicho, a otros contemporáneos de Jerónimo. Agustín escribió ante aquel desastre su célebre obra La ciudad de Dios. Otros autores, como Zósimo (VI, 11), Orosio (VII, 39-40, 1-2) y Sozomeno (IX, 9-10), describieron, impresionados, el saqueo de Roma por las tropas de Alarico, confirmando lo escrito por Jerónimo.

Vida intelectual

Jerónimo, a pesar de ser un asceta retirado en Belem, fue un notable intelectual cristiano, lo cual le diferencia de otros ascetas como Antonio [13], Pacomio [14], Hilarión de Gaza [15] o Martin de Tours [16]. Su cultura clásica y eclesiástica fue asombrosa: sus cartas están plagadas de citas de autores griegos y latinos tanto paganos como cristianos. En este aspecto, pues, la figura de Jerónimo se asemeja a la de Clemente de Alejandría [17] y Orígenes de quien afirma Porfirio que fue un insaciable lector.

Jerónimo fue también un buen crítico literario aunque frecuentemente apasionado y no siempre justo en sus apreciaciones. Así, en su carta LVIII, 10-11, dirigida al presbítero Paulino, el futuro obispo de Nola y escrita en el año 385, enjuicia brevemente la obra de Tertuliano, Cipriano, Victorino, Lactancio, Arnobio, Hilario y Paulino.

Se sabe por carta (V, 2) del propio Jerónimo, redactada en el desierto de Calcis, en el norte de Siria, hacia el 375-377, que llevó al desierto una buena biblioteca. En dicha carta, dirigida a Florentino, Jerónimo le pide dos obras de Hilario de Poitiers que había transcrito personalmente en Treveris para su amigo Rufino con el que romperá después personalmente por culpa de Orígenes. Estas dos obras son el Comentario de los Salmos y los Sínodos. Jerónimo menciona con este motivo algunos datos importantes sobre su forma de trabajar.

---

[13] G.J.M. Bartelink, *Vita di Antonio* (Verona 1974).

[14] J. Leipold, «Pacôme», *BSAC* 16 (1961-1962) 191-229.

[15] A.A.R. Bastiansen – J.W. Smit, *Vita de Ilarione* (Verona 1975).

[16] A.A.R. Bastiansen – J.W. Smit, *Vita di Martirio*; J. Fontaine, *Sulpice Sévère. Vie de Saint Martin* (Paris 1967-1969) 3 vols.

[17] M.G.Bianco, *Il Protrettico. Il Pedagogo di Clemente Alessandrino* (Turin 1971) 24-29.

En carta (XXXIV, 6) dirigida a Marcela (fechada en el año 385) Jerónimo alude a la figura del secretario o taquígrafo; a pesar de ser, pues, un asceta, se servía para su ingente trabajo intelectual –al igual que hizo el gran Orígenes– de un personal auxiliar. A ellos alude también Dámaso, obispo de Roma, en carta de Jerónimo del 384 (*Ep*. XXV, 1) y el propio Jerónimo en su contestación (XXXVI, 1 y LXX, 6, CXVIII, 1, 7, CXXX, 1). Los admiradores de Jerónimo, que eran muchos y diseminados por todo el mundo, le enviaban amanuenses para transcribir sus obras. Así hizo el hispano Lucino, quien en torno al 398 envió a Belem (*Ep*, LXXI, 5) taquígrafos y escribientes que copiaran todas las obras de Jerónimo. El monje de Belem les advirtió frecuentemente que las cotejaran y corrigieran con cuidado pues estos escribientes no debían ser muy cuidadosos. Jerónimo escribe a Lucino que «si hallas alguna errata o se ha omitido en la copia algo que impida al lector la inteligencia, no me lo achaques a mí sino a los tuyos y a la ignorancia de los taquígrafos que no copian lo que tienen delante, sino lo que entienden y, al pretender enmendar los errores ajenos, ponen de manifiesto los propios». Estos copistas trabajaban, pues, de forma muy deficiente.

En otra carta (CXXIV, 1) Jerónimo menciona a los taquígrafos que copiaron las obras de Orígenes y que el monje de Belem envió a Pamnaquio. Estas copias se hacían muy deficientemente pues «es difícil que las notas taquigráficas puedan reproducir los grandes libros sobre todo si tratan de asuntos místicos o recónditos, y se dictan por añadidura deprisa y corriendo y, en este caso, a hurtadillas; de ahí que en esas copias todo ande revuelto y en la mayor parte de los pasajes falte orden y sentido».

Estas deficiencias en las copias, interpolaciones y falsos añadidos, contribuyeron al desprestigio del gran alejandrino, el mayor coloso con Agustín, del cristianismo antiguo y uno de los mayores metafísicos que ha tenido la humanidad, en opinión de Momigliano. Es posible que todas las contradicciones que observa Rufino en su *Adulteratione librorum Origenis* y frases sin sentido de la obra de Orígenes se debieran a errores de los copistas. Tanto Rufino como Jerónimo admiten, sin embargo, que los escritos de Orígenes están interpolados por los herejes.

A instancia del orador romano Magno, se planteó Jerónimo –al igual que hiciera Basilio en un opúsculo [18]– el uso que un intelectual cristiano debía hacer de la literatura pagana (*Ep*. LXX, 2,5). Magno le había pedido explicación del por qué en sus obras «ponía a veces ejemplos de las letras paganas, mancillando así el candor de la Iglesia con las inmundicias de los gentiles».

Jerónimo alega que Moisés y los profetas tomaron en sus obras algunas cosas de los libros gentiles; que Salomón propuso problemas a los filósofos de Tiro y respondió a cuestiones que éstos le plantearon; que Pablo citó un verso de Epimónides en su carta a Tito (I, 12) y que en su primera carta a los corintios (1 Cor. 15, 33) copió un trímetro yámbico de Menandro así como que en un discurso a los atenienses adujo el testimonio de Arato (Act. 17, 28).

---

[18] P. Courcelle, *Lecteurs païens et lecteurs chrétiens de l'Eneide* .I. *Les témoignages littéraires* (Paris 1984); A. Quacquarelli, *Reazione pagana e trasformazione della cultura (fine IV sec. d.C.*) (Bari 1986); M. Sordi (ed*.), L'Impero Romano-Cristiano. Problemi politici, religiosi, culturali* (Milano 1991).

Pasa después Jerónimo a recordar otros ejemplos del uso hecho por escritores eclesiásticos de autores paganos, como los escritos de Orígenes contra Celso, y los de Metodio, Eusebio y Apolinar contra Porfirio. Lo mismo hizo también el historiador judío Josefo en su opúsculo contra Apión, gramático alejandrino, cuando utilizó muchos textos de autores paganos. Recuerda Jerónimo el uso que de la filosofía pagana hicieron los apologistas cristianos: Cuadrato, Arístides, Melitón de Sardes, Apolinar de Hierápolis, Dionisio, Taciano, Bardesanes e Ireneo. Clemente, el más erudito de todos, escribió tres obras utilizando materiales sacados de las entrañas mismas de la filosofía. Orígenes comparó las sentencias de los cristianos y de los filósofos confirmando todos los dogmas cristianos con el pensamiento de Platón y de Aristóteles. Jerónimo enumera a otros muchos escritores que «llenaron hasta tal punto los libros de doctrinas y sentencias de filósofos a que no sabe qué admirar primero en ellos, la erudición profana o la ciencia de las Sagradas Escrituras».

Jerónimo comprendió perfectamente que la obra de algunos escritores cristianos estaba calcada de escritos paganos y menciona concretamente el Apologético y los libros contra los gentiles de Tertuliano que contienen toda la ciencia profana o a Minucio Félix (*Quid gentilium litterarum dimisit intactum?*), Arnobio y Lactancio que resumieron los diálogos de Cicerón.

Pronto parece que olvidó Jerónimo lo que él mismo narrara a Eustoquia en *Ep.* XXII, 30: que en sueños vio que ante el tribunal del juez divino fue acusado de ser ciceroniano y no cristiano, por lo que fue azotado por los ángeles, prometiendo no leer más literatura pagana.

Precisamente esta asimilación del pensamiento pagano por los intelectuales cristianos fue una de las causas de su triunfo y no la menos principal. El cristianismo saqueó impunemente a toda la intelectualidad pagana; en el siglo IV la teología cristiana y la pagana se diferenciaban, de hecho, en pocas cosas.

De particular interés para conocer las ideas de Jerónimo sobre la educación –y concretamente de las jóvenes cristianas– es su carta (con número 107) a Leta sobre la educación de su hija, redactada entre los años 400-403. Leta, hija del pontífice Albino, estaba casada con Toxocio, hijo de Paula; ésta abandonó Roma con su hija Eustaquia para seguir a Jerónimo hasta Palestina.

Leta y Toxocio consagraron desde su infancia a su hija Paula a la virginidad; este dato debemos tenerlo muy presente pues Jerónimo se refiere a la educación de una niña consagrada a Dios. El programa de educación se centra en los siguientes puntos: 1) La niña no debe aprender a oir ni debe decir nada que no esté imbuido del temor de Dios; 2) No debe aprender palabras torpes o canciones del mundo, sino salmos; 3) Debe apartarse de niños lascivos; 4) Tanto la niña como las criadas deben apartarse de las gentes para que no conozcan el mal; 5) Debe jugar con letras de boj o de marfil para conocer no sólo su orden sino también para cambiarlas y mezclarlas; 6) Cuando comience a escribir con punzón, una persona dirigirá su mano; 7) Deben concedérsela premios y pequeños regalos cuando aprenda a juntar las sílabas y se la alabará en público para que se la estimule a aprender; 8) Los nombres que primero tiene que aprender a

componer con las letras son los de los patriarcas y profetas; 9) Un maestro virtuoso la enseñará a pronunciar bien las palabras; 10) No debe jugar con objetos de oro que después no usará a lo largo de su vida; 11) Tanto la nodriza como la niñera o el ayo deben ser de buenas costumbres; 12) La niña vestirá pobremente, como prometida de Cristo que es; no debe perforarse las orejas ni pintarse de arrebol y albayalde el rostro así como llevar piedras preciosas y oro en el cuello o gemas o rubíes en el cabello; 13) El papel desempeñado por los padres en la educación de los hijos es de particular importancia; la niña debe ir acompañada de sus padres al templo y no sola pero no deberá comer con sus padres para no desear los manjares que los adultos consumen; 14) No debe aprender a tocar instrumentos musicales; 15) Todos los días debe leer las Sagradas Escrituras, aprendiendo versículos en griego; 16) Una persona la enseñará a levantarse por la noche para orar, cantar himnos por la mañana y participar en el sacrificio vespertino alternando con el trabajo y la educación; 17) Aprenderá los oficios propios de su sexo como el huso y la rueca o sostener el canastillo de la mazorca sobre sus rodillas; 18) Comerá hortalizas, sémola y alguna vez pequeños peces aunque no es necesario que la muchacha realice ayunos prolongados; 19) No debe asistir a bodas ni participar en diversiones bulliciosas familiares; 20) Tampoco deberá mezclarse ni con eunucos ni con mujeres casadas.

Jerónimo recomienda aprender de memoria los Salmos, los Proverbios de Salomón, el Eclesiastés, el libro de Job, los Evangelios, los Hechos y las cartas de los Apóstoles, etc. Dicha recomendación responde a la costumbre, muy extendida entre los ascetas de ambos sexos, de memorizar las Sagradas Escrituras y dedicarse continuamente a su interpretación. Jerónimo también aconseja la lectura de algunos autores cristianos como Cipriano, Atanasio, Hilario, etc. que, sin embargo, son impropias de una muchacha.

El programa de educación de una joven consagrada a Dios es, sin duda, un tanto utópico en muchos puntos. A través de él se perciben claramente varios aspectos fundamentales de la educación de las muchachas de la alta sociedad romana. En este sentido, Jerónimo, a pesar de estar imbuido en la lectura y comentario de las Sagradas Escrituras, demuestra en sus cartas un conocimiento asombrosos de la sociedad de su tiempo. Fue un hombre de Iglesia, pero en contacto siempre con las altas capas de la sociedad romana de entonces.

En carta escrita en el año 413 (*Ep.* CXXVIII, 19), Jerónimo vuelve al tema de la educación de las niñas consagradas a Dios. Las normas son expuestas ahora de forma más concisa a como lo hiciera en la carta dirigida a Leta. No obstante, en esta ofrece algunos datos interesantes que completan lo escrito anteriormente. Señala que «suelen algunas madres, cuando han prometido que su hija haya de ser virgen, vestirla inmediatamente de túnica parda y cubrirla de oscura mantilla. Les quitan todo lujo y no consienten ningún objeto fabricado de oro para adornar el cuello o la cabeza» (CXXVIII, 2). Jerónimo hace una observación respecto al comportamiento femenino, cual es que «es naturalmente amigo de componerse y sabemos de muchas mujeres de castidad insigne que sin intento de agradar a hombre alguno, gustan de adornarse para placer propio».

Jerónimo, que había recibido una excelente educación en Roma –como Basilio en Atenas o Crisóstomo en Antioquía– valoró siempre positivamente la educación [19] que las familias ricas daban a sus hijos. Así, en carta (CXXV, ó) a Rústico, fechada en el 410, alude a la educación que su madre, piadosa y viuda desde hacía muchos años, dio a su hijo en la Galia *quae uel florentissima sunt* y después en Roma *nan parcens sumptibus et absentiam filii spe sustinens futurorum ut ubertatem Gallici nitoremque sermonis gravitas Romana condiret nec calcaribus ut te sed frenis uteretur.*

Pobreza

Jerónimo careció de una preocupación por lo social que otros eclesiásticos contemporáneos suyos, como Basilio [20], Crisóstomo [21], Ambrosio [22] o Salviano de Marsella [23] demostraron. Sin embargo, en sus cartas queda bien rellejado el abismo que separaba a los ricos de los pobres [24].

Nunca la sociedad estuvo dividida en dos grupos sociales tan diametralmente opuestos como entonces. Al lujo escandaloso de las altas clases –al que hemos aludido en nuestro primer estudio– se oponía la miseria de la mayor parte de la población. No existía clase media alguna, pues la creada por los Antoninos desapareció con la crisis del siglo III.

Jerónimo alude en su correspondencia al socorro prestado a los miserables. En el Bajo Imperio no existió ningún tipo de ayudas sociales prestadas por el Estado. La Iglesia, por el contrario, sí se dedicó a ayudar a los más necesitados realizando una notable labor social. En carta a Heliodoro (*Ep*. LX, 10) menciona las principales obras de caridad que realizó: «socorrer a los pobres, visitar a los enfermos y brindar hospitalidad».

En la epístola LXVI, 4, fechada en el año 397, cuenta las obras de misericordia a las que se entregó su amigo y rico senador Pammaquio, «grande entre los grandes, primero entre los primeros, capitán general de los monjes» convertido al ascetismo. Pero no omite tampoco la vida de lujo que éste llevaba hasta entonces: «Las gemas que echaban fuego, con que antes se engalanaba el cuello y la cara, sacian ahora los vientres de los indigentes, los vestidos de seda y los tejidos de flexibles filamentos de oro se han trocado en blanda ropa de lana con que se repele el frío, no con que se realza una ostentosa desnudez... El ciego que extiende su mano y que está a menudo gritando donde no hay quien le pueda socorrer, es heredero

---

[19] M.L Marrou, *Historia de la educación en la Antigüedad* (Madrid 1985) 402-433.

[20] Y. Courtonne, *Saint Basile et son temps d'après sa correspondance* (París 1973); R. Teja, *Organización económica y social de Capadocia en el siglo IV según los Padres Capadocios* (Salamanca 1974).

[21] A. González Blanco, *Economía y sociedad en el Bajo Imperio según San Juan Crisóstomo* (Madrid 1980).

[22] J.R. Palanque, *Saint Ambroise et l'Empire Romain* (París 1933); L. Cracco Ruggini, «Ambrogio di fronte alla compagine sociale del suo tempo. Ambrosius episcopus», *Atti del Congresso Intern. di Studi Ambrosiani nel XVI centenario de la elevazione di Sant'Ambrogio alle Cattedra episcopale, SPM*6 (Milano 1976) 280.

[23] J.M. Blázquez, *La sociedad del Bajo Imperio en la obra de Salviano de Marsella* (Madrid 1990).

[24] E. Patlagean, *Pauvreté économique et pauvreté sociale à Byzance, IV e VII siècle* (París 1976).

de Paulina y coheredero de Pammaquio. A ese otro mutilado de piernas y que se mueve arrastrando todo el cuerpo lo sostiene ahora la blanda mano de una niña. Las puertas, que vomitaban catervas de clientes venidos para hacer sus visitas y cumplimientos, son ahora asediados por miserables. Uno con hinchado vientre parece va a parir la muerte; otro sin lengua y mudo, no tiene con qué pedir... imposibilitado desde niño no es capaz de pedir que le den limosna; el de más allá, putrefacto por la ictericia sobreviene a su propio cadáver... Escoltado por este ejército marcha Pammaquio... tesorero de los pobres, candidato de los indigentes».

Paulino de Nola celebra (*Ep.* 13) que Pammaquio honrase los funerales de Paulina con un espléndido banquete que tuvo lugar en la basílica de San Pedro: «Das de comer a los hambrientos, vistes a los desnudos, pones la bendición de Dios en todos los labios». Sabemos también que Pammaquio levantó en Roma un hospital a orillas del Tíber.

En la carta anteriormente citada (LXVI, 8) Jerónimo describe el lujo de los ricos en los siguientes términos: «Donde veis humear los grandes platos y cocerse a fuego lento los faisanes; donde hay una buena bolsa de plata y briosos caballos, pajecillos encopetados, vestidos preciosos, tapicerías pintadas...».

Parecidas limosnas a las de Pammaquio hizo una mujer, también de la nobleza, Fabiola tras su conversión al ascetismo, según nos cuenta Jerónimo en LXXVII, 6: "Dilapidó y vendió toda la hacienda de que pudo disponer, que era cuantiosísima, como correspondía a su alcurnia y, reducida a dinero, la destinó para socorro de los pobres. Fue la primera que fundó un hospital para recoger a los enfermos de las plazas y restablecer los miembros de los miserables consumidos de dolencias y hambre. ¿Voy ahora a pintar yo aquí las varias calamidades humanas: narices truncadas, ojos arrancados, pies medio quemados, manos entumecidas, vientres hinchados, caderas atrofiadas, piernas turgentes y hervideros de gusanos que salieron de carnes carcomidas y pútridas? Cuántas veces no cargó sobre sus hombros a miserables consumidos por la icteria y la gangrena. Cuántos no lavó con sus manos la materia purulenta de las llagas que otro no se hubiera atrevido a mirar? Por su propia mano servía las comidas y a pequeños sorbos hacía beber a aquellos cadáveres vivientes».

Estas palabras constituyen un cuadro espeluznante de la miseria, tan extendida durante el Bajo Imperio, que la Iglesia trató de paliar. El cristianismo nunca se propuso un cambio en la estructura económica y social que hubiera arrancado de raíz estos males; se contentó tan sólo con mitigar el dolor humano, lo que no fue poco. No se le escapó, en este sentido, a la sagacidad del emperador Juliano que las obras de beneficencia daban a la Iglesia un gran poder y prestigio entre los estratos bajos de la sociedad e imitó este emperador la labor social de la Iglesia.

Jerónimo señala que esta misma obra de beneficencia la hacían también otros muchos ricos pero por mediación de terceros, al no poder presenciar directamente tanta miseria. Recuerda (LXXIX, 2) algún otro personaje de la alta sociedad de su tiempo, como Nebridio [25], sobrino del emperador Teodosio y primo hermano de Arcadio. En carta redactada en el 400 o 401 dice de él el monje de Belem: «Daba tantas limosnas que las puertas de su casa estaban sitiadas por enjambres de pobres y lisiados».

[25] H.M. Jones – J.R. Martindale – J. Morris, *op. cit*. 620.

Aunque en el Bajo Imperio abundan las críticas al lujo en que vivían muchos obispos y a su rapacidad y avaricia, como hemos señalado en otros trabajos nuestros [26], Jerónimo, en carta al monje Rústico, fechada en el 411 (*Ep.* CXXV, 20) alaba al obispo de Tolosa, Exuperio, *uiduae Saraptensis imitator, esuriens pascit alios et ore pellante ieiunios faune torquetur aliena.*

En carta a Paula (CXXVIII, 5) contrapone Jerónimo el lujo de la casa con la desnudez y el hambre de los pobres que se mueren a las puertas de nuestras casas que «relumbran de oro las paredes, de oro los artesonados, de oro los capiteles de las columnas». En carta (CXXX, 14) dirigida a Demetriada describe Jerónimo el lujo de las Iglesias que él no se atreve a censurar: «construyan otros iglesias, vistan sus paredes con incrustaciones de mármoles, transporten columnas macizas y recubran de oro sus capiteles, realcen las puertas con marfil y plata y con piedras preciosas, los altares de oro puro o dorado». El lujo arquitectónico de las iglesias lo vuelve a descubrir en carta a Nepociano (LII, 10) fechada en 394: «Brillan los mármoles, refulgen de oro los artesonados, el altar se adorna de joyas». Una descripción parecida se lee en Prudencio (Amart. 264-329).

Jerónimo propone a Demetriada vestir a Cristo en los pobres, alimentarlo en los hambrientos, acogerlo en los que carecen de techo.

El monje de Belem alude poco a la esclavitud y silencia prácticamente la situación de los esclavos. En carta a Heliodoro, del año 366-367. (XXIV, 3) cita a los esclavos nacidos en casa, con los que se crió el interlocutor y en otra a Geruquia a los de ésta, entre los que se había criado (CXXIII, 13). Recomienda (XXII, 29) a Eustoquia tratar bien a los esclavos, en consonancia a lo dictado a comienzos del siglo IV por el concilio de Elvira en su canon V que prohibía a los dueños apalearlos.

Paganismo

Las alusiones al paganismo son escasas en las cartas de Jerónimo, que centraba su atención en los problemas cristianos. Menciona al cónsul Vattio Agorio Pretextato, muerto poco antes del 385, del que afirma que está en los infiernos. Éste, miembro de la aristocracia y jefe del partido pagano, fue procónsul de Acaya en tiempos de Juliano, prefecto de Roma bajo el gobierno de Valentiniano e intervino en la lucha de Dámaso y Ursino por la sede episcopal de Roma.

Otros personajes paganos de primera fila fueron Símmaco, prefecto de Roma en el 384 y cónsul en el 391 y Nicómaco Flaviano que desempeñó el cargo de vicario de África en época de los donatistas, por lo que cayó en desgracia con Graciano. Estuvo más tarde en la corte de Teodosio desempeñando altos cargos administrativos y apoyó al usurpador

[26] J.M. Blázquez, «Problemas económicos y sociales en la vida de Melania la Joven y en la Historia Lausiaca de Palladio», *MHA 2* (1978) 103-123; *id*., *Aportaciones al estudio de la España Romana en el Bajo Imperio* (Madrid 1990); *id*., «La crisis del Bajo Imperio en Occidente en la obra de Salviano de Marsella. Problemas económicos y sociales», *Gerión* 3 (1985) 205-247; *id*., «La presión fiscal en el Bajo Imperio, según los escritores eclesiásticos y sus consecuencias», *Nuevos estudios sobre la Romanización* (Madrid 1989) 421-525.

Eugenio, suicidándose al fracasar éste [27]. El intelectual de este grupo de influyentes personajes fue Macrobio, autor del Sueño de Escipión y de las Saturnales.

Alude Jerónimo a un tema candente en la iglesia primitiva, como es el de los matrimonios mixtos. La misma Paula se había casado con Toxocio y de matrimonio entre cristiano y pagano nació también Leta: «Tú naciste –escribe en CVII, 1– de un matrimonio desigual; pero de tí y de mi querido Toxocio, fue engendrada Paula. ¡Quién iba a creer que la nieta del pontífice Albino naciera de la promesa de su madre, que en presencia y con gozo del abuelo la lengua aún balbuciente cantara el aleluya y que el viejo tendría en sus brazos a una virgen de Cristo?».

Sobre el ocaso de la religión pagana traza Jerónimo algunas pinceladas. En la ya mencionada carta a Leta (CVII, 1) alude al abandono de la religión pagana: «Sucio está el dorado Capitolio, todos los templos de Roma están cubiertos de hollín y telarañas... el pueblo pasa en oleadas ante los santuarios semiderruidos» [28]. Al contrario, en la epístola a Leta recuerda los avances del cristianismo, aunque lo hace con evidente exageración: «La gentilidad padece soledad aún en la urbe. Los que antaño fueron dioses de las naciones soledad se han quedado con los búhos y lechuzas en sus techos solitarios. Las banderas de los soldados llevan las enseñas de la cruz. La púrpura de los reyes y las gemas fulgentes de sus diademas están adornadas con la pintura del patíbulo de la salud. Ya hasta el Serapis egipcio se ha hecho cristiano. Marnas llora encerrado en Gaza y tiembla de un momento a otro la destrucción de su templo. De la India, de Persia y Etiopía recibimos diariamente turbas de monjes. El armenio ha depuesto sus aljabas, los hunos aprenden el salterio, los fríos de Escitia se deshielan con el calor de la fe, el ejército rutilante y rubio de los godos transporta por dondequiera las tiendas de sus iglesias y acaso por eso combaten contra nosotros con fuerzas iguales, pues profesan la misma religión».

Este párrafo es de interés ya que en él Jerónimo alude tanto a la destrucción del Serapeion de Alejandría, por obra de su amigo Teófilo, como a la de una cueva mitraica de Roma por acción de Furio Maecio Graco, pariente de Leta. Éste, prefecto de Roma en 376, se adelantó a la legislación de Teodosio del 394, condenando a la destrucción todos los lugares de culto al dios Mitra [29].

Sin embargo, las religiones mistéricas no desaparecieron tan fácilmente de Roma pues en la carta a Leta (CVII, 9), en una fecha tan tardía como los primeros años del siglo V, Jerónimo se burla de los ayunos ficticios de los devotos de Isis y de Cibeles y habla de ellos como una práctica corriente de aquella época: «Hagan eso los adoradores de Isis y Cibeles, que con golosa abstinencia devoran faisanes y vaheantes tórtolas, para contaminar los dones de Ceres».

---

[27] G. Boissier, *La fin du Paganisme* (Paris 1891) 2 vols.; A. Chastagnol, *La fin du monde antique* (París 1976); L. Cracco Ruggini, *Il paganesimo romano tra religione e politica* (Roma 1979); A. Demandt, *Der Fall Roms* (Munich 1984); P. Chuvin, *Chronique des derniers païens* (París 1990).

[28] S. Montero, *Política y adivinación en el Bajo Imperio Romano: emperadores y harúspices (193 d.C.-408 d.C.)* (Bruselas 1991).

[29] G. Fernández, «Destrucciones de templos en la Antigüedad tardía», *AEspA* 54 (1981) 141-173.

Sin embargo, la vida de Roma siguió siendo la misma cuando ésta se hizo cristiana: «Allí, hollada la gentilidad, el nombre cristiano se levanta día a día a lo alto. Pero el fausto mismo, la grandeza de la urbe, el ser vistos y ver, el ser visitados y visitar, el albar y denigrar, el oir y el hablar y el tener que aguantar siquiera de mala gana tanta gente» (XLVI, 12).

Jerónimo fustiga sin piedad los vicios de algunas capas de la sociedad romana de su tiempo, interesándose particularmente por las altas capas cristianas. Carece, pues, de los finos análisis de Basilio, de Crisóstomo o de Salviano de Marsella, todos los cuales señalaron las verdaderas causas del hundimiento de la sociedad romana y su repercusión funesta en los estratos bajos de esta sociedad.